Ausencia, disminución e interdicción de la maternidad

Apuntes para re-aprender a celebrar a la madre

Moisés Rozanes Tassler

El eterno dilema de la ciencia: ¿qué fue primero: el huevo o la gallina?

No sabemos con exactitud cuánto tiempo tuvo que pasar para que la humanidad asimilara el fenómeno de la procreación como resultado del apareamiento sexual entre hombre y mujer. Este suceso singular no fue científicamente conocido hasta hace poco más de un siglo. Las interpretaciones, explicaciones y suposiciones acerca del origen de la vida de los humanos han tenido más que ver con mitos, fantasías, encantamientos y otras elucubraciones similares al servicio de dogmas religiosos y prescripciones morales que con los hechos objetivos y demostrables que todos conocemos en la actualidad.

El mundo está cambiando tan rápido que el concepto de maternidad no puede ser el mismo. Se han desarrollado técnicas que si no son capaces aún de alienar la reproducción del encuentro hombre-mujer y del binomio madre-hijo(a), ya existen procedimientos capaces de trastocar los pasos naturales de la procreación. Esto quiere decir que muchas de las explicaciones sobre el origen, sentido y valor de la maternidad, consideradas válidas hasta hoy, están requiriendo nuevas interpretaciones filosóficas, jurídicas, éticas y religiosas, además de algunos ajustes psicosociales.

Una de las preguntas más inquietantes que puede plantearse en estos momentos es: ¿llegará el día en que la vida se planifique en su totalidad y se produzca en los espacios de experimentación de ingeniería genética, provocando que los procesos biológicos hasta ahora conocidos de la reproducción humana resulten obsoletos e innecesarios? En otras palabras: ¿es posible crear los recursos para prescindir de la vivencia orgánica directa de la mujer-madre, y de los lazos físicos y emocionales de la gestación para suplantarlos por otro tipo de relación, experimentalmente manipulada?

Probablemente así sea en un futuro no tan distante. Una noticia sorprendente es que los investigadores ya están elaborando el mapa total genético del hombre. Se abrirán puertas a la intervención en el diseño y manera de conformar a los individuos de las siguientes generaciones de acuerdo a rasgos o características específicamente previstas. Mientras tanto, ya es posible hacer implantes de embrión en úteros de "madres-huéspedes": mujeres que no pueden concebir pero son fisiológicamente capaces de llevar a término el embarazo en su propio organismo. Una mujer en Estados Unidos, por ejemplo, recientemente se convirtió en madre y abuela al mismo tiempo al parir un bebé cuya vida se inició en el cuerpo de su hija para luego continuar desarrollándose dentro de su organismo hasta el momento del parto.

Todo esto sólo viene a replantear algo que ya sabíamos pero que en el futu-



ro inmediato tendremos que encarar y asumir con mayor cuidado: la maternidad, que lejos de ser un mero fenómeno biológico, es un complejo proceso que contiene elementos culturales, científicos, políticos y psicológicos.

De lo anterior se desprende una de las tesis de este ensayo, y es que dichos elementos no están dados de una vez y para siempre, sino por el contrario, se encuentran en una situación de cambio acelerado y permanente, y por lo tanto requieren de un cuidadoso análisis que prevea algunas de las consecuencias a corto, mediano y largo plazo en el destino de la humanidad. Por supuesto, no se pretende aquí abarcar, ni mucho menos, agotar el tema.

Lo que sabemos o creemos saber de la maternidad

Si bien es cierto que hasta el día de hoy los humanos mayoritariamente somos concebidos y procreados en el cuerpo femenino, el comportamiento de la madre para con su hijo(a), es decir la función de maternaje, proviene de actitudes que obedecen sólo en parte al mandato instintivo, ya que fundamentalmente estas actitudes son delineadas, promovidas y recreadas por fuerzas psicológicas y sociales inscritas tanto en la historia individual como en la historia colectiva. No existe maternidad, obviamente, sin la aparición de los signos físicos de la maduración biológica en la mujer para ser fecundada. Tampoco es posible prescindir de la donación masculina de células capaces de llevar a cabo dicha fecundación y, finalmente, nada de esto tiene sentido para la reproducción y la maternidad si no se concluyen sanamente el embarazo y el parto. Sin embargo, la supervivencia y la salud del nuevo ser van a depender mucho más de la capacidad de la mujer-madre para asumir consciente e intuitivamente sus funciones de maternaje, que del mero cuidado de la alimentación y protección consideradas como básicas.

De muchas maneras ha sido demostrado que una "buena madre", en términos psicológicos, es aquella con quien el bebé logra establecer un vínculo esencial de ternura, cercanía y cuidado en un nivel que trasciende lo objetivamente descrito. Se trata de una mujer que de una manera íntima ha aprendido a experimentar el placer de la maternidad y está en disposición de ejercerla sin resentimiento, por convicción y deseo, y no porque carece, o cree carecer, de otras opciones de realización y satisfacción personales en su vida. En el otro extremo,

los bebés criados en ambientes psiquiátricamente anormales, donde las madres actúan por un deber social y moralmente impuesto o con las cicatrices de la violación y el resentimiento sexual, y donde se ejercen sólo cuidados de subsistencia, cuando no francas agresiones y maltratos, aparecen los signos de la falta de maternaje a través de la depresión de los niños (por ejemplo la depresión anaclítica, descrita por René Spitz), las infecciones resistentes al tratamiento habitual y, en no pocas ocasiones, la muerte "sin causa aparente". Al mismo tiempo, la mujer sufre un deterioro importante al sentirse, creerse o saberse incapaz, sin disposición, o abiertamente rechazante frente al producto de su propia maternidad.

El contacto con la piel de la madre, su mirada atenta y sensible a las demandas más sutiles del bebé, su disposición emocional hacia el afecto pleno, sin los obstáculos de una neurosis no resuelta, y ni siquiera reconocida, o incluso de un estado psicótico y, finalmente, las relaciones significativas de soporte social, económico y afectivo de la pareja y la familia, son condiciones necesarias para una maternidad saludable. Del grado de bienestar de las primeras etapas del maternaje dependerán, en gran medida, tanto el desarrollo adecuado de la personalidad del hijo como la continuidad creativa y recreativa de la mujer-madre.

La descomposición de un ideal: la madre deprimida, angustiada, frustrada, encolerizada y/o loca

En la psiquiatría el tema de la maternidad es ineludible porque precisamente en el último siglo, a partir del saber psicoanalítico, la relación madre-hijo se ha convertido en uno de sus objetos más delicados e interesantes de observación e intervención indirecta. Puede decirse que la psiquiatría y la maternidad (es decir, el concepto moderno de ella) nacen casi al mismo tiempo. Si el siglo XIX contempla el surgimiento de la familia unida alrededor de los designios de la industrialización y en su interior se recrea la modalidad estereotipada de la madre "femenina", sumisa con el marido y antes con el padre y hermanos varones, abnegada con los hijos y siempre denegando su participación intelectual y satisfacción sexual, con tal de ser el soporte del hogar y de la reproducción de la fuerza laboral, esa sociedad occidental en vías de modernidad también reclama un saber y una práctica médica acorde con los tiempos. Es urgente responder de una manera inteligente y racional, pero sobre todo distinta para poder entender y tratar las enfermedades e incapacidades de los nuevos tiempos.

A partir de vínculos familiares, en los que inicialmente hombres, mujeres y niños tienen que dejar la vida rural para concentrarse en las fábricas de la ciudad, la necesidad económica y social de eficiencia pone a funcionar un tipo de medicina que debe resolver tanto los problemas de salud del cuerpo como los que surgen de la angustia, desesperación, melancolía y locura. A finales del siglo pasado, cuando Freud escandaliza al *status quo* occidental con sus teorías sobre la sexualidad infantil, develando los deseos incestuosos del niño hacia la madre y las repercusiones que los conflictos psíquicos de la infancia tienen en la personalidad adulta y en la salud mental, lo que en realidad se pone en juego para el pensamiento universal es la manera diferente, y también irreverente, de entender el proceder humano. La voluntad y el control de la conducta, a partir de la racionalidad del sujeto consciente, son cuestionados y se produce la herida narcisista más importante en la historia del hombre, para decirlo en la jerga psicoanalítica. El inconsciente, o lo inconsciente, de los

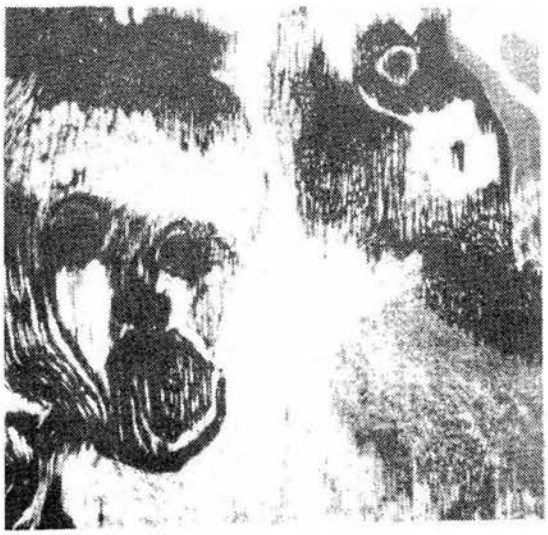
procesos mentales hace tambalear los soportes de la teología y la racionalidad. Ante la falta de certezas, ya sean religiosas, atávicas, mágicas o lógicas, los hombres experimentan una profunda crisis existencial. La angustia que provoca el no conocer con precisión el porqué de la conducta en el plano simple de la voluntad es causa de reacciones defensivas, de rechazo, negación y en no pocas ocasiones de patología mental. Entre toda la confusión que esto genera se plantean forzosamente dudas alrededor de la relación hombre-mujer y de la mujer con su sexualidad y maternidad. Lo que se sabe ya no es suficiente para explicar aquello que escapa al sentido común y la lógica. Surgen preguntas sobre la necesidad de la maternidad y el derecho al placer sexual en la mujer. Empieza otro mundo.

Se trata de un mundo en el que: 1) La anticoncepción con hormonas sintéticas otorga una seguridad casi total frente al embarazo no deseado, a la vez que incrementa el riesgo de importantes padecimientos en la mujer. 2) El aborto provocado (legal o ilícito) se practica con mayor frecuencia a pesar de los esfuerzos morales, jurídicos y religiosos para que no sea así, y del elevado costo que implica la clandestinidad en la salud y la vida de tantas mujeres. 3) La sexualidad polimorfa y hedonista se topa con un huésped no deseado que viene a infundir miedo y restricción, ya que las muertes por el SIDA son una penosa realidad, y si la madre contrae la enfermedad ésta se trasmite al bebé. 4) El recién inaugurado orden político nos pone de nueva cuenta ante la expresión de la barbarie humana químicamente pura y las mujeres musulmanas en Bosnia son objeto de violaciones sistemáticas, esas madres exigen ser liberadas del embrión devenido en arma política contra su nación. 5) Lo más increíble en esta época es que hay muchas mujeres que en nuestro medio siguen aceptando un destino no deseado, ni planeado, al consentir una relación conyugal por el hecho de haber perdido la virginidad y estar emb adas, o simplemente consideran su vida un desperdicio por decidir continuar un embarazo y asumir su condición de "madres solteras".

Estas son algunas de las condiciones que vienen a contradecir u opacar el ideal de la madre que es toda amor, resignación y felicidad. Lo cierto es que la angustia, la depresión, la crueldad y la locura también son parte de la experiencia de la maternidad y es importante poder encararlas y modificarlas.

La madre como metáfora

En el habla coloquial de los mexicanos la maternidad tiene varios significados y en no pocas ocasiones éstos son contradictorios, ambiguos y de difícil explicación. Cuando se dice que algo "vale madre o madres" quiere decir que carece de valor. Esta depreciación de la figura materna, que por



otra parte ocupa el lugar privilegiado dentro de la estructura familiar, muestra uno de los usos lingüísticos populares que revelan un doble significado, oculto a la conciencia, de la maternidad. Pues si alguien es acusado de tener "poca madre" o de plano carecer de ella en forma absoluta, señalando que "no tiene madre", quiere decir que vive menguado o desprovisto de algo esencial para ser socialmente valorado. Pero más desconcertante resulta que en otro contexto semántico la frase "¡no tiene madre!" sea el más abarcativo de los elogios. Puede ser aplicado en circunstancias tan diversas como cuando se produce algún suceso especial, al describir exaltadamente ciertos rasgos de la personalidad o cualquier otra situación que implique al mismo tiempo azoro, veneración y hasta temor.

De ahí que la carencia de la madre evoque, en nuestra enigmática cultura, simultáneamente la ofensa, el agravio y también el reconocimiento magnificado de quien, sin tener clara advertencia de sus contradicciones internas, anhela ser liberado de su liga con la madre.

Existe también otra frase valorativa y metafórica que se refiere a la exclusividad de lo materno, a la madre sin contaminaciones ni interferencias. "Pura madre" es una alocución que define el vacío, el engaño, lo que debiera ser o tener, pero que termina defraudando. Y a pesar de que en apariencia hay enojo y hartazgo en quien esgrime estas palabras, utilizadas para desasir violentamente la presencia o relación con otra persona, en el fondo existe una cierta melancolía. Esta es la expresión de tristeza y desamparo del hijo que denuncia a la mujer, que a pesar de ser su madre no alcanza a resolver sus demandas insatisfechas de afecto, protección y erotismo. La vida misma finalmente "vale para pura madre", cuando el individuo sumido en la depresión y el desengaño se alcoholiza hasta la intoxicación y busca encontrar en el acto homicida o suicida la reparación de un vínculo incierto con la vida, encubierto por la relación mistificada con su propia madre y la imagen fantaseada que se ha hecho de ella.

Existen muchas otras metáforas de la madre y la maternidad. Algunas contienen símbolos épicos como "la madre patria", "la madre tierra", "la madre de todas las batallas". Hay unas que son más técnicas y neutrales como "la lengua materna", "la madre de los fieles", "la madre de las artes", "la madre del timón": también se usan ciertas metáforas en contextos pedagógicos y moralizantes como "el ocio es la madre de los vicios". Pero sin duda alguna todas ellas apuntan a lo que ya se ha sugerido aquí y puede servir de

Corolario

Cualquier percepción del vínculo originario con la madre está preñado de ambivalencia y contradicción. Entre esa admiración desmesurada por el requerimiento urgente para la vida y ese otro reproche amargo y agresivo ante la incapacidad para vivir y sobrevivir como sujetos dueños de una conciencia, todos los individuos buscamos desesperadamente de mil maneras distintas poder asumir nuestra soledad existencial. Algunos jamás lo lograrán y vivirán con la compulsión por convertir a la madre en fetiche de su amor y su odio, sobre todo cuando se sientan obligados por la incondicionalidad del deber (por ejemplo el día de las madres), mientras que algunos cuantos simplemente sabrán que en algún momento crucial fueron maternados por una mujer que les dio lo necesario para seguir solos por la vida, y esto bastará para hacer de ese vínculo con la madre algo frágil y perdurable a la vez. ♦